
LA SITUACIÓN DE LA IGLESIA EN LA ESPAÑA ACTUAL

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas organizó una serie de tres conferencias para estudiar la situación actual de la Iglesia en España. A fin de tener a mano datos sociológicos actuales acerca de la actitud de los españoles ante la Religión, la Academia encargó a Juan González-Anleo un estudio sobre «*La religiosidad española. Presente y futuro*», que fue puesto a disposición de todos los académicos antes de la primera conferencia.

SITUACION JURIDICA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

La primera conferencia fue pronunciada el día 2 de junio por el Excmo. Sr. Cardenal arzobispo de Madrid D. Antonio María Rouco. La desarrolló en cuatro partes: 1.^ª) La ordenación jurídica de la Iglesia en España; 2.^ª) Contenidos de la posición jurídica de la Iglesia, 3.^ª) Posición de la Iglesia en la sociedad española; 4.^ª) Tareas y retos de la Iglesia para el futuro.

El Cardenal destacó el papel decisivo del Concordato del Estado Español con la Santa Sede para regular jurídicamente la vida de la Iglesia; delineó

* Sesión del día 23 de junio de 1998.

el marco jurídico en que se encuadra actualmente la actividad de la Iglesia en España e hizo algunas consideraciones sobre el desequilibrio que existe hoy día entre la importancia social que ha tenido y sigue teniendo la religión en España y la poca presencia actual de la Iglesia en algunos puntos nucleares del dinamismo social: medios de comunicación, enseñanza superior, etc. A su juicio, se presentan hoy día tres retos básicos a la Iglesia: la aceptación plena de la libertad religiosa, la configuración de una vida de auténtica comunión y la realización cabal de la propia misión.

En el coloquio, D. Rafael Termes suscitó el tema de la libertad de los padres a elegir el centro de enseñanza para sus hijos. El Sr. Cardenal indicó que la Iglesia defiende ese derecho de los padres, pero no tiene una posición oficial acerca del modo óptimo de ponerlo en juego. La situación en España a este respecto es peor que en países como Alemania y Bélgica, pero mejor que en Francia o Italia.

Alfonso López Quintás sugirió tres temas:

1. La conveniencia de recordar a los fieles que la ayuda económica del Estado a la Iglesia responde en alguna medida a la necesidad de recompensarla por las pérdidas que le causó la desamortización.

2. La necesidad de unir las fuerzas intelectuales de los católicos en orden a diseñar y realizar un «gran proyecto cultural» que ayude a potenciar mutuamente la fe y la cultura. Manifestó su convicción de que es perfectamente viable y resulta urgente e ineludible en la actualidad.

3. La fe cristiana ha jugado un papel decisivo en la historia de Europa. A la Iglesia compete actualmente la tarea de poner de manifiesto por qué la nueva Europa debe revitalizar su conciencia cristiana si quiere edificar su unidad de manera sólida.

El Cardenal se manifestó de acuerdo con los dos puntos últimos e indicó, respecto al 1.^o), que la Iglesia, por diversas razones, consideró conveniente no hacer valer el título de la desamortización como razón de la cooperación del Estado al sostenimiento de la Iglesia. Prefirió hablar, más bien, de la libertad religiosa y de la función cooperadora del Estado, que debe ayudar a la Iglesia a llevar adelante la excelente labor social que realiza. La Iglesia indicó, expresamente, que no olvida que existe también una razón de justicia en tal cooperación del Estado, debido a la incautación de bienes que éste había llevado a cabo.

Por mi parte quiero aclarar que mi consideración no era de tipo jurídico. Sólomente me refería a la conveniencia de que el pueblo no ignore la circunstancia de la desamortización, para evitar que se siga creyendo que, al aportar una ayuda económica a las arcas de la Iglesia, el Estado hace una graciosa contribución semejante a la que presta a una u otra ONG.

El prof. Garrido Falla consideró que la decisión de la Iglesia de no esgrimir el título de la desamortización para fundamentar la ayuda económica estatal fue muy acertada. Hubiera sido una medida contraproducente, pues, si hoy se considera «políticamente correcto» reclamar la devolución de los bienes incautados a ciertas centrales sindicales o la organización como la Masonería, se piensa de modo opuesto cuando se trata de cumplir un deber histórico con la Iglesia.

Indicó seguidamente que la Iglesia, por fortuna, está jurídicamente bien asentada y tiene asegurada su libertad de acción apostólica y cultural, pero su influencia social está disminuyendo de forma notable, y, lo que es más grave, no se advierte que haya una estrategia clara por parte de la Iglesia respecto a dos actividades decisivas en la cuestión pastoral: la promoción de la enseñanza en las escuelas y la propagación de la fe en los medios de comunicación.

El Sr. Cardenal indicó que hoy la Escuela no sólo se le está escapando de las manos a la Iglesia sino a toda la sociedad, y que la Iglesia no tiene una estrategia especial respecto a la enseñanza y la comunicación. Actualmente, la falta de vocaciones religiosas impide que las escuelas de la Iglesia sigan siendo atendidas por personal religioso, hasta el punto de que ciertas congregaciones religiosas se ven obligadas a ceder la propiedad de sus centros.

Por lo que toca a la tarea evangelizadora que compete a la Iglesia, es difícil —a su juicio— planificar. Con frecuencia somos sorprendidos por la aparición de fenómenos de renovación religiosa —como los Movimientos que se dieron cita en Roma el día de Pentecostés— que no fueron producto de un plan preestablecido.

A este respecto quisiera notar que estos movimientos, tan pujantes y de tan amplia irradiación en todo el mundo, no nacieron, efectivamente, como fruto de un esfuerzo planificador, pero surgieron y se consolidaron a impulsos de personas y grupos que tomaron en serio una primera intuición, le dieron cuerpo, la organizaron sistemáticamente y la difundieron con gran entusiasmo sin complejo alguno de inferioridad en ambientes a menudo poco propicios a la evangelización. Por otra parte, la labor ingente realizada por el Cardenal Herrera con

el propósito de preparar personas apostólicas sobre todo el campo de la enseñanza y de los medios de comunicación es un ejemplo bien elocuente de las posibilidades que se abren a la iniciativa planificadora de los creyentes.

El prof. D. Olegario González de Cardedal se interesó por la relación de las actuales Autonomías con la Iglesia. El Cardenal indico que las Autonomías reaccionaron muy bien al principio, pero más tarde surgieron algunas dificultades.

EL FUTURO DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

El día 9 de junio, Mons. González Martín expuso el tema «El futuro de la Iglesia en España». Comenzó con una cita de Paulo VI: «La fe está asediada por las corrientes más subversivas del pensamiento moderno». Señaló que hoy se advierte una servil aceptación de modas filosóficas simplistas y confusas, marcadas por el relativismo, el subjetivismo y el neopaganismo. Ese servilismo intelectual lleva a adoptar actitudes de crítica subversiva hacia la Iglesia, por la suposición de que para evangelizar se debe abandonar el patrimonio secular de la misma.

El Concilio Vaticano II no quiso enfrentarse con el Humanismo laico que «aparece actualmente en su terrible estatura». Juan Pablo II no suele expresarse de modo tan duro como Paulo VI. Estima que para despertar el entusiasmo religioso debemos mostrar la grandeza del mensaje cristiano.

Seguidamente, mostró la grave penuria actual de vocaciones religiosas y sacerdotales, que, unidas a las pérdidas ocasionadas por la secularización de muchos sacerdotes y religiosas, hace pronosticar un futuro poco halagüeño. Señaló además otros signos de decadencia: la influencia nociva de la indisciplina, del divorcio y de la Constitución Española, cuyas graves fallos sólo muy pocos prelados se decidieron a señalar oportunamente.

Como pronóstico sobre el futuro de la Iglesia en España, se limitó a decir que mantendrá sin duda la fidelidad a Cristo, sobre todo si seguimos contando con Papas tan sobresalientes como los últimos. Pero numéricamente, los fieles seremos menos y veremos los templos poco concurridos. El número actual de seminaristas es exiguo y la juventud en general se muestra más bien apática

respecto a la vida religiosa, si bien hay grupos juveniles que muestran un fervor religioso de una gran autenticidad.

En el coloquio Alfonso López Quintás indicó que los sacerdotes y religiosos secularizados no están perdidos para la Iglesia. Es cierto, que no se hallan dedicados totalmente al servicio divino, pero muchos de ellos son un fermento en la sociedad. No hace mucho tiempo, en cierta Facultad universitaria de filosofía el equipo decanal y todos los profesores habían cursado estudios durante muchos años en seminarios sacerdotales y mostraban una sólida formación humanística y religiosa.

Con vistas al futuro, conviene señalar que tenemos el reto de suplir en alguna medida la mengua de sacerdotes mediante la puesta en juego de los medios de apostolado que nos ofrece la técnica actual y mediante una formación más aquilatada y una actividad más imaginativa. Los ensayos radiofónicos y televisivos realizados por la diócesis de Toledo son buen ejemplo de cómo se puede potenciar la labor apostólica de unos pocos sacerdotes en colaboración con seglares.

Por otra parte, el afán apostólico de los grupos religiosos juveniles es muy notable, y conviene encauzarlo y promocionarlo. Su fervor religioso se está traduciendo en buen número de vocaciones religiosas y sacerdotales. Este es uno de los aspectos de la Iglesia actual que nos permiten abrir el ánimo a la esperanza.

D. Gonzalo F. de la Mora manifestó su admiración por la figura del Cardenal e indicó que sus palabras en la Academia tuvieron el acento grave propio de un testamento espiritual.

D. Antonio Garrigues señaló que la permanencia de la Iglesia a través de los siglos se vive en Roma de modo impresionante.

D. Juan Velarde indicó que la Iglesia ejerció en demasía el mando y se convirtió en una instancia oprimente, lo que vino a hacerla aversiva. Abundó en la idea de que la decadencia de la Iglesia procede de la falta de una sólida preparación cultural, sobre todo en Filosofía clásica. Aludió a la crítica realizada por el profesor de Filosofía de la Universidad de Oviedo, D. Gustavo Bueno, según el cual el P. Ignacio Ellacuría ignoraba totalmente la filosofía.

Respecto a esta afirmación, quisiera notar que, debido al trabajo conjunto que realicé con Ignacio Ellacuría en el Seminario filosófico «Xavier Zubiri»,

puedo manifestar que este profesor poseía amplísimos conocimientos de filosofía y teología y tenía una mente sobremanera aguda, hasta el punto de que Xavier Zubiri, tras un largo trato con él, manifestó que se trataba de una de las inteligencias más lucidas y creativas que había conocido en su vida. De hecho, Ellacuría fue el primer intelectual que dialogó a fondo con Zubiri y contribuyó eficazmente a la gestación de sus obras, que, como sabemos, presentan una dificultad nada común.

Por lo que toca a los proyectos de futuro, tema básico de esta serie de conferencias sobre la Iglesia, hubo una aportación un tanto escasa por parte de los dos primeros conferenciantes, tal vez, por falta de tiempo y por la penosa impresión que les produce la carencia actual de vocaciones. Se comprende que los prelados, máximos responsables de la administración de la Iglesia, sientan tan vivamente el no disponer de personal suficiente. Pero en situaciones como ésta es cuando se hacen más necesarios los proyectos imaginativos y enérgicos. Por mi parte, pienso que durante años la Iglesia jerárquica descuidó mucho, casi totalmente, la pastoral universitaria, y en general lo que podríamos llamar la evangelización de la cultura. En los últimos decenios, hubo una especie de síndrome de Estocolmo respecto a la «cultura de las izquierdas», y se dejó que se expandiera la idea de que «la derecha no tiene cultura», sino una doctrina trasnochada. Intelectuales que ignoran la gran tradición filosófica medieval y barroca hablan con un mohín de desprecio de la Escolástica, y quienes conocen los tesoros que alberga se sienten acomplejados y se contentan con estar a verlas venir.

En una ocasión fui invitado por la Conferencia episcopal española a participar en la comisión encargada de redactar un nuevo plan de pastoral universitaria. No fui capaz de convencer al presidente de tal comisión de que había que orientar el plan no sólo hacia los estudiantes sino también hacia los profesores, los investigadores y los escritores. La razón suprema que me dieron es que no estamos en condiciones de realizar «un plan tan ambicioso».

Es urgente que la Iglesia y todos los creyentes se sacudan el complejo de inferioridad cultural, y recuerden —entre otras cosas— el Siglo de Oro del pensamiento español, en el cual la Iglesia abanderó el movimiento cultural universitario. Y, con auténtica libertad interior y una buena dosis de autoestima, aborden proyectos de gran alcance, poniendo en juego todos los medios de que hoy disponemos: radio, TV, Internet...

Uno de estos proyectos podría ser revisar a fondo el sistema homilético y el catequético. Con él iría vinculado el proyecto de ofrecer en las parroquias medios de formación humana y religiosa de alta calidad. Estoy convenci-

do, después de largos años de trabajo con los jóvenes, de que —hablando en general— no se está ofreciendo a niños y jóvenes la densidad de doctrina que ellos necesitan y que muy bien podrían asimilar. Se piensa que para los niños basta poca cosa y a los jóvenes hay que darles algo muy diluido y «divertido» para que no se solivianten y causen disturbios. Es un error siniestro. Los niños tienen una intuición suficiente para captar doctrinas muy hondas, decisivas para toda la vida, si se las transmite de modo adecuado. Y mucho más los jóvenes. Cuando se conoce profundamente un tema, se lo expone con justeza y se lo articula bien, los jóvenes reaccionan muy positivamente, a veces con verdadero entusiasmo.

Por lo que toca a la formación humana y religiosa de niños y jóvenes, es muy importante tener en cuenta que, por diversas causas, la mentalidad del hombre actual es más bien «objetivista», está modelada por el uso y abuso de los objetos o cosas, realidades poseibles, dominables, canjeables, utilizables. Si un niño se acostumbra a pensar de esa forma y a configurar su voluntad y su sentimiento de forma correlativa, tendrá suma dificultad para abrirse a las realidades que no son objetos sino que presentan un rango superior. A este tipo de realidades pertenecen los valores éticos y religiosos. Por eso, antes de toda enseñanza ética y religiosa, debe realizarse una labor de ajuste de la forma de pensar, sentir y querer al modo de realidad que presentan tales valores. El pensamiento filosófico del siglo xx (Fenomenología, Personalismo o Pensamiento dialógico, Pensamiento existencial...) nos ofrece medios sobrados para llevar a cabo este giro en la mentalidad, y el cambio de ideal: del ideal del dominio y posesión al ideal de la solidaridad y el servicio. Desde la Primera Guerra Mundial son numerosos los pensadores que reclaman enérgicamente este cambio. Toda la espléndida labor realizada por Guardini al frente del *Movimiento de Juventud* alemán en el período de entreguerras iba dirigida a este fin. Y, al recibir en Bruselas el premio al mejor humanista europeo, este virtuoso de la Pedagogía señaló como la gran tarea actual de Europa crear una «cultura del servicio». Frente a la tendencia moderna al individualismo, subrayó que el ser humano necesita, como la elipse, dos centros: el yo y el tú, entendidos ambos en toda su riqueza. Privado de uno de estos centros, el hombre queda literalmente «des-centrado», desquiciado, como ya había destacado tiempo atrás Sören Kierkegaard, el genial escritor danés que puso las bases de la mejor filosofía existencial de nuestro siglo. La Iglesia católica, que tiene como carta magna la *unidad*, puede colaborar muy eficientemente a la superación radical de la *unidimensionalidad* del hombre moderno.

La labor de investigación y docencia que debemos realizar hoy día inmediatamente es ingente y prometedora. Para realizarla nos hallamos bien dispuestos. Sólo se necesita decisión, cierto coraje y cohesión.

LA IGLESIA EN ESPAÑA: PROBLEMAS DE SUPERFICIE, PROBLEMAS DE FONDO

El Dr. González de Cardedal describió ajustadamente la situación de la Iglesia en España en tres partes. En la primera analizó la situación de tránsito en que se halla la religión: De una religión compacta y visible hemos pasado a una religión más individualista y sentimental, menos dogmática y menos vinculada moralmente. Si antes se daba una adhesión a la Iglesia poco problemática, más bien sumisa, se advierten hoy muchas posiciones rupturistas, que responden, en casos, a un afán disolvente y, en otros, a una voluntad tenaz de descubrir dimensiones nuevas en la vida religiosa.

La Iglesia se ha abierto a muy distintas influencias que suponen otros tantos desafíos —ciencia, ecología, ética, antropología, ciencias sociales, diversas religiones no cristianas: budismo, hinduismo, etc.— A la dificultad de esta múltiple apertura se une el acoso constante de diversas circunstancias culturales adversas: la fascinación de ciertas doctrinas y tendencias, como el marxismo denominado «de rostro humano», el agnosticismo, la quiebra de los ideales decimonónicos, el pensamiento «débil», etc.

Esta situación provoca en los creyentes una mengua de identidad religiosa. Las mutaciones han sido y siguen siendo tan rápidas y radicales que les resulta casi imposible dar razón de lo que está pasando y del camino a seguir. Es comprensible que las respuestas a esta crisis sean muy variadas: aferramiento al espíritu conciliar; adhesión superficial al Concilio Vaticano II sin asumir su impulso espiritual básico; frustración ante la quiebra de las expectativas que habían suscitado en algunos espíritus las medidas conciliares; aceptación gozosa de la dificultad en aplicar el Concilio, pues el Cristianismo es un Humanismo, pero no todo Humanismo es conciliable con el Cristianismo.

En la segunda parte, dedicada a desarrollar el tema «La Iglesia vista en la sociedad e historia española reciente», el ponente destacó el cambio rápido y profundo que tuvo lugar sobre todo en los decenios 1960-1980: se cambió la relación Iglesia-Estado, se desató el lazo entre ciudadanía y cristianía, se consideró como «hermanos separados» a los que hasta ahora se había anatematizado como «herejes»; se proclamó que «más vale la paz sin verdad que la verdad con guerra» —lo que supone una voluntad decidida de consenso, más allá del apego a las propias posiciones—..., se ensalzó el valor de la libertad... Este cambio de

actitud fue visto por no pocos creyentes como un desmantelamiento del espíritu religioso tradicional. La Iglesia intentó establecer una posición de equilibrio, buscando la verdad mediante la unión del hombre con Dios, liberando a los cristianos de la pertenencia a un partido político determinado, procurando que la denominación de «derechas» e «izquierdas» deje de tener un valor prefijado en el aspecto religioso. La Iglesia mostró una actitud muy condescendiente en aras de la paz y del pluralismo ideológico. Por eso toleró la ausencia del nombre de Dios en la Constitución.

La Tercera Parte fue consagrada a mostrar que la Iglesia se encarna a lo largo de la historia en culturas concretas, pero no queda circunscrita a las mismas. Cuando se pasa de una forma de cultura a otra, da una impresión de hundimiento, pero puede significar más bien un trauma de crecimiento. Actualmente, nos hallamos en la situación de ambigüedad y perplejidad que se crea cuando se abandona una forma de «encarnación» cultural y todavía no se ha configurado otra que pueda suplirla.

En la Iglesia actual conviven tres generaciones:

- La generación «remanente», que fue influida por la guerra civil española y culminó hacia 1950;
- La «imperante» (1955 a 1970), que vivió el Concilio Vaticano II intensamente, así como el choque producido por las dos formas de enjuiciarlo y asumirlo, con sus secuelas de ruptura de la unidad, disentimiento frente a la autoridad, crisis de lealtad, cultura prometeica, convencimiento de que la acción política directa es la mejor forma de evangelizar, lo que abre el camino a la secularización...;
- La «emergente», que ya creció en la secularidad, busca a Dios con independencia de espíritu y busca en la Iglesia una palabra de verdad y de vida. Esta generación está formando nuevos grupos religiosos que suponen una gran esperanza de renovación eclesial, semejante a la que sucedió en el siglo XVI con las nuevas Ordenes religiosas, al principio insignificantes al lado de las antiguas, pero llenas de pujanza espiritual.

Hoy el cristiano se encuentra en un ambiente sumamente novedoso respecto al que reinaba hace pocos decenios. Ser católico no está unido a la pertenencia a un partido político confesional, ni a una clase social determinada, ni a una mentalidad conservadora o progresista. Ciertas formas tradicionales de piedad han sido dejadas de lado. Frente a este brusco giro, una mayoría acepta las

novedades sin dar razón profunda de ellas; buen número de personas se muestran contrarias a ellas, y otras no han iniciado siquiera el proceso de cambio. La Iglesia, sin embargo, persevera en su voluntad de no retener nada de lo que poseía por razones históricas, costumbristas o políticas... Por eso se ha ido despojando progresivamente de cuanto significa *mando*, para promover cada vez más la auténtica *autoridad*, es decir, la capacidad de promoción de la fe. Es importante que el pueblo se percate de que estos cambios, a veces drásticos, fueron realizados para lograr una forma de religiosidad más cercana a las fuentes bíblicas, más acorde al dogma, menos ligada a instancias terrenas —poder político, costumbres populares profanas, intereses de un orden u otro...

Una de las características más notables de este movimiento renovador es, sin duda, la voluntad de ir a lo esencial y conceder la primacía a lo decisivamente importante. Este espíritu de «jerarquización de las verdades» se hizo notar sensiblemente en la renovación litúrgica y en las nuevas tendencias del Arte Sacro. En ciertos casos, los responsables del cambio confundieron la purificación con el despojo, y provocaron que muchos fieles se sintieran desvalidos, sin el apoyo icónico que necesitaban para su relación con lo religioso.

La Iglesia tiene hoy tres grandes riesgos:

- el desvanecimiento de su identidad religiosa pura, que puede llevar a reducirla a una ONG;
- la confusión de su misión con el cultivo de la ética, el arte, la solidaridad...
- la manipulación por parte de ciertos poderes no religiosos para sus fines inconfesados.

Para superar estos riesgos es decisivo buscar y encontrar el sentido auténtico de la Iglesia, que es «la otra voz», la voz de la trascendencia que se hace oír frente a todas las voces terrenas.

En el largo y denso coloquio, diversos académicos pidieron al ponente que explicara el sentido exacto de algunas afirmaciones suyas —que habían resultado un tanto chocantes— acerca de las fiestas religiosas populares, la difusión masiva del canto gregoriano, las «sectas internas» de la Iglesia, la conveniencia de que prevalezca la paz aun a costa de la verdad... El ponente fue poniendo en claro su verdadero pensamiento más allá de ciertas formulaciones un tanto «provocativas».

El profesor Cerezo Galán subrayó que la crisis religiosa actual no es sólo cuestión de desencarnación cultural; no es una crisis propia de un final de época. Es más bien una crisis de fe. Hoy se piensa muy a menudo que la Iglesia es incompatible con la cultura científico técnica. Es una crisis de nihilismo, de falta de sentido profundo de la vida. El mundo moderno reniega del Cristianismo y va al paganismo, a las sectas, al campo de lo esotérico... El ponente indicó que su exposición termina con tres preguntas básicas: 1. ¿Es posible la fe, y cómo lo es, a la altura de la real conciencia contemporánea? 2. ¿Es realizable una comunidad de fe real en una sociedad pluralista y democrática como la española? 3. ¿Es posible una ortodoxia y una ortopraxis asumidas en libertad a la vez que en obediencia a una autoridad normativa? A estas tres cuestiones puede responderse positivamente con una conciencia lúcida y crítica.

El profesor D. Rafael Termes manifestó que la adhesión a Jesús en fe es viable en cualquier momento y circunstancia de la historia. El ponente indicó que, como cristiano, está totalmente de acuerdo con ello, pero, como teólogo, debe dialogar con cada hombre, cada época y cada circunstancia histórica para asumir su pensamiento y sus actitudes en lo que sea posible, de modo que la fe no se amengüe, antes se amplíe y consolide. Parecía que, después de autores como Nietzsche, Freud y otros, no era posible vivir la fe religiosa con plena lucidez y rigor racionales. El teólogo no puede contentarse con expresar de modo testimonial que la vida de fe sigue tan lozana como siempre; debe asumir el reto intelectual de hacer frente a las objeciones más duras y al parecer contundentes de tales autores, en la seguridad de que el diálogo con ellos no hará sino fortalecer nuestra convicción religiosa.

El profesor Velarde insistió en la conveniencia de no tocar el tema de la desamortización, que implica cuestiones económicas de largo alcance, y reiteró su afirmación de que la filosofía actual no está a la altura de los tiempos porque los filósofos desconocen la economía, la física y la matemática actuales. El profesor López Quintas indicó que, en principio, la filosofía tiene su método propio y no hay que hacerla depender absolutamente de otras áreas del conocimiento. Pero es conveniente que haya filósofos que aúnen diversos conocimientos, a fin de tener una base amplia para enjuiciar los grandes problemas humanos. Pensadores de este tipo ha habido en este siglo no pocos y muy eminentes. Husserl conocía a fondo la lógica y la matemática. Lo mismo B. Russell. Zubiri se movía con facilidad por la matemática, la física, la biología y la filología. R. Saumells, cateórico de filosofía de la naturaleza en la Universidad Complutense, es doctor en Física por la universidad de Zurich y en Filosofía por la Sorbona de París. El Dr. W. Strobl, durante años profesor de filosofía de la Universidad de Navarra conocía a fondo la matemática y la física actuales. Y así tantos y tantos más.

A la indicación hecha por el profesor M. Alonso Olea de que el pueblo creyente necesita tener bien claros los «artículos de la fe», el Dr. González de Cardedal respondió con la confesión de que su gran ilusión fue siempre comentar el Credo y escribir un Catecismo. Lo primero acaba de realizarlo en su último libro sobre el Cristianismo. Lo segundo espera poder realizarlo en el futuro.

Esta conferencia tercera fue densa, profunda y bien articulada, pero, como las dos anteriores, se movió casi exclusivamente en el plano descriptivo. Eché de menos la presentación de proyectos de futuro para la vida de la Iglesia en España, relativos por ejemplo a la formación ética y religiosa de niños y jóvenes, y a la configuración de grupos de investigadores cristianos que puedan ejercer un auténtico liderazgo cultural en la sociedad.